



CHUCHO LOZANO / LA MUERTA / ARTE DIGITAL

NECESIDAD DE LO SAGRADO



Estos pensamientos afloraron mientras asistía a una conferencia realizada por unos reconocidos historiadores. Éstos reflexionaban sobre el sentido de los museos en los tiempos que corren y las estrategias a considerar para su labor más eficaz. Con razón se quejaban del obvio desinterés que una numerosa parte de la población muestra hacia la acción de estos centros de cultura. Con conocimiento de causa criticaron en los expertos enfoques superficiales y rutinarios a la hora de guiar al espectador por las salas que guardan tanta historia cristalizada. Sin embargo, mi intuición me decía, me dice, que faltaban por analizar otros aspectos.

Ante todo me percató de que este no es un problema privativo de un país en particular. He estado en museos distintos (de arte, de historia, de vida natural, etc.) en varios países del mundo, sitios con inmejorables condiciones materiales y capacidad de difusión e información. Sin embargo, la mayoría de las ocasiones sólo me han acompañado el polvoriento silencio y mi estupefacta sombra. Y no se trataba del elemental silencio y el margen de soledad necesarios para la comunicación productiva entre obra y espectador. Era exactamente ausencia indiferente.

Tampoco es este un dilema que atañe únicamente al museo. Por inmejorables que sean sus condiciones de exhibición, por capaces que se desempeñen sus empleados, por amenos que sean los elementos de seducción al público que utilicen, un gran porcentaje de su eficacia no depende de él. Debe considerarse que en todo acto cognoscitivo-valorativo es el sujeto quien determina la eficacia de dicho acto. Es indispensable una facultad subjetiva intrínseca en el que debe apreciar estos tesoros que no puede sustituirse ni implantarse simplemente desde el exterior. Es algo que depende de la educación y del ambiente social que sustenta y anima al sujeto.

Desgraciadamente, la sociedad mundial contemporánea se ha ido deslizando hacia un pragmatismo burdo y desconsolador. Por múltiples razones (falsa visión del progreso, sociedades expoliadas que tratan de “modernizarse”, imitación de modelos supuestamente afluentes, audaz erosión de las técnicas de mercado, pertinaz sugestión de los medios de difusión masiva, precarios sistemas educacionales, desintegrada tutela de la familia, etc.), se ha entronizado como meta de vida un urgente deseo de alcanzar, sumar, tener. Ha prosperado un principio posesivo de existencia. Vivir bien es acumular. Vive mejor quien posee más. Triunfa quien obtiene más objetos, posesiones, utilidades, reconocimientos. Básicamente importa lo visible, lo tangible, lo brillante, lo escandaloso, lo multitudinariamente reconocido. Tantos siglos de abuso, pillaje, insolvencia y restricción, han empujado la tendencia social hacia su orilla más desafortadamente materialista.

Entonces creo que se ha perdido en gran medida el sentimiento de lo sagrado. No me refiero exactamente a lo religioso. Acudo a la acepción cuarta de la palabra en el diccionario de la Real Academia: aquello que es

digno de *veneración* y *respeto*. Sí, porque es imprescindible saber que hay asuntos que merecen nuestra reverencia y admiración. Personas, obras, acontecimientos, que han constituido peldaños sustanciales en el inacabable y afanoso ascenso de la humanidad hacia su emancipación más cabal de todo cuanto la avasalla, limita y frustra. Reverenciar es reconocer el sentido que lo reverenciado lega en nosotros y, por nosotros, extiende en el tiempo. Por supuesto, ha habido muchas confusiones y pases de gato por liebre. Pero debe acudir al principio de Tales de Mileto, “De los seres... el más sabio es el tiempo, porque todo lo descubre”, por eso deviene éste el juez más atinado y justo. De ahí deriva en primer término el contenido admirativo de los museos: se trata de cosas cuyo paso por el tiempo de los hombres ha verificado y enriquecido su significación.

Sin embargo, insisto en la capacidad reverencial del ser humano. Nada serían esos objetos si no hallaran el sentimiento admirativo de los seres humanos. Es lamentablemente lo que falta. Hay en la actualidad menos personas con sentido de trascendencia. Me refiero a sujetos conscientes de significados que rebasan el espacio y el tiempo, de valores que por su dignidad, belleza y verdad no sufren los embates de las épocas y continúan despertando actitudes sublimes. Éstos se alzan como paradigmas de lo supremo humano.

De aquí deriva su alcance intemporal. Las creaciones sustantivas del hombre —construcciones, obras de arte, acciones históricas, etc.— siempre nos hablan en presente, al ser que somos, al que los otros siguen siendo en nosotros por la validez de sus contribuciones. Por eso los museos no constituyen para los sujetos sensibles sitios que muestran un pasado muerto sino ámbitos que activan pensamientos y emociones que resucitan el sentido prístino y vital de dichas obras. Cada vez que nos enfrentamos sensiblemente a un objeto reverenciable éste respira y se instala en nuestro hoy para acrecentarnos.

Por eso, para que se complete el arco de lo sagrado no sólo hace falta el objeto con un significado decantado y construido en el tiempo, sino un ser humano perceptivo al concepto de que ese objeto tiene algo que decirle, un valor trascendente que incorporarle. Si no fuese así, ¿qué diferencia habría entre el desgastado traje de José Martí y cualquier otro apolillado traje? Lo que le da vibración humana al primero es que alguien reconoce que en aquel vistió sus días y sus denuedos un hombre que hizo

mucho y bueno por la humanidad. Ese ser imantó el objeto de una sustancia admirable y eterna, su espíritu inspirador y luminoso.

Pues de esto hablamos de la espiritualidad en nuestras vidas. El ser humano es la única criatura conocida que ha alcanzado una dimensión espiritual. Ésta le permite dialogar con fuerzas, tiempos, sentidos que están más allá de lo perceptible y verificable. Lo integra con un todo mayor, inasible, proteico e inagotable, un todo que da amplios márgenes a lo inefable. Su espiritualidad lo conduce a apreciar que existe algo más allá del espacio, el tiempo, las formas y estructuras que conforman un determinado momento de la existencia humana. Esta apreciación lo conecta con la sustancia del pasado y la del porvenir, brindándole la sensación de lo eterno.

La espiritualidad del hombre es la que lo impulsa a la constitución del llamado capital simbólico. El hombre es un ser que necesita crear símbolos. En ellos no sólo percibe y entiende la vida sino que cifra un destino, un sentido de pertenencia y continuidad. Los símbolos son referencias, modelos, aspiraciones, por los que actuamos, nos reconocemos y nos proyectamos. Es por eso que debemos preservarlos y cultivarlos, pues confieren coherencia y dirección a nuestra existencia humana.

Si no preguntémosnos por qué la gente sigue viajando a visitar las pirámides o a ver la Gioconda o admirar el sable de Bolívar. No es mera curiosidad cognoscitiva. Hay sobre todo una incitación ritual. Se trata de acercarnos, entrar en sintonía con algo que tuvo un sentido para alguien y, a través de esa contigüidad, esa ósmosis por contacto, alcanzar un poco de ese sentido. Esto, incluso

de un modo u otro, lo hacemos todos, sólo que unos con más conciencia de trascendencia que otros. ¿Qué nos empuja a guardar un diente del niño, una foto de la abuela, una prenda del padre? Muchos asisten al cementerio a poner flores aun cuando no los inspira un sentimiento religioso de vida después de la muerte. Sin embargo se estremecen y sienten la cercana compañía del ser querido que allí no deja de existir. Tal es la eficacia y la necesidad del sentimiento sagrado.

El mejor ejemplo de cómo debe asistirse a un museo se observa en las iglesias. El devoto asiste allí sin que lo incite alguien, que no sea el yo que busca su expansión y definición en lo otro. Acude al sitio esplendoroso sin que lo animen otros propósitos que el de reencontrarse con aquello que lo colma de significado. Entra emocionado y establece una comunicación especial con el espacio, los iconos, los elementos del rito. Roza así lo divino, que es su ser en lo inefable, lo que le nutre de una emoción que lo afirma y enaltece.

Creo que no tenemos conciencia plena de cuánto ganaría la humanidad si en vez de informar con más datos y entretener con más artilugios a nuestros semejantes, sembráramos y alentáramos en ellos las capacidades espirituales. Son esas facultades para apreciar el bien, la verdad, la belleza que inclinan a *venerar* y *respetar* todo cuanto simboliza esas virtudes. Tal vez así muchos empiecen a ver que un árbol no es sólo un árbol ni las estrellas sólo chispas de luz en el cielo. Tal vez entonces adviertan, como decía Martí, que toda la fruta no acaba en la cáscara»

